

Sobre el gusto de mirar la vida de otros

Mercedes Charles C.



o se sabe a ciencia cierta si es un aspecto natural del ser humano, o bien algo que -sobre todo las mujeres- vamos adquiriendo durante nuestro proceso de socialización, pero es un hecho que nos gusta mirar la vida privada de hombres y mujeres ajenos a nosotras. Lo anterior es aprovechado en el circuito comercial donde existen varias compañías que hacen negocios millonarios al brindarnos por todos lados una amplia oferta de materiales que nos permite incursionar en las vidas de los otros, sobre todo, de personajes públicos y celebridades.

En este sentido tenemos gran número de revistas cuyos contenidos se llenan de crónicas sobre aspectos nimios de la vida de artistas, de

personajes del jet set o de políticos. Que si estuvieron presentes en tal o cual fiesta, que si se les vio en la playa besándose con alguien, que si el vestido que llevaban está de acuerdo a la moda que nos exige cada temporada, que si fueron de compras a determinada tienda, que si viajaron en las vacaciones de verano a la costa de Francia, que si comieron en ese restaurante particular o bien si asistieron a cierto evento a favor de una causa considerada noble.

Pero no sólo eso. Estas publicaciones también se meten en aspectos más íntimos de la vida privada. Los problemas de cualquier tipo se convierten en tema favorito. La bulimia o anorexia, la infidelidad de alguna de las partes, problemas con los hijos e hijas del nuevo

compañero, la adicción por parte de algún familiar cercano, entre muchos otros, garantizan la venta de ejemplares.

Y así, se van llenando cientos de páginas que ávidas lectoras y, en menor medida lectores, devoran día con día, transformándose en voyeuristas colectivos. El público va conociendo fragmentos de la vida de un buen número de personas que por alguna razón son tema de las notas. Las lectoras y lectores van interiorizando esos fragmentos, socializan los chismes, se escandalizan con los rumores, claro que sin importarles nada si están o no están comprobados. Lo más extraño de todo esto es que empiezan a hablar de los protagonistas como si de verdad los conocieran.

Cuántas veces nos ha pasado que alguien nos comenta que X acaba de tener un precioso bebé, que fue niña y pesó cerca de tres kilogramos. Si uno pregunta -yo siempre tengo que hacerlo pues me declaro ignorante en la materia- quién es esa mujer que todos parecen conocer. A uno lo miran con gran desconfianza y dicen con voz de autoridad: ¡¡¡La hija menor de la Duquesa de Alba!!! Ante la ignorancia demostrada, uno mueve la cabeza y dice un sonoro ¡¡Ahh!!

Yo no sé si ésta es una forma utilizada para poder vivir una vida paralela, menos aburrida y más emocionante, aunque sea de forma imaginaria. Así podemos pensar que somos otros, que nos codeamos con gente de alguna manera importante, además de que nos da tema para sostener conversación.



Rotmi Enciso

En este mismo sentido podemos hablar de libros. Pueden ser biografías o autobiografías que nos permiten adentrarnos en la vida, preocupaciones, amores, aciertos y desaciertos de otros.

A últimas fechas han salido un par de libros sobre Marta Sahagún, esa mujer que ha sido tan criticada por su afán de poder, por no ubicarse calladita detrás de su marido, por ser inteligente, por hacer y hacerse notar, por querer estar en primera fila, por querer casar con Vicente Fox, por exhibir sus besos en portadas de revistas...

El libro que ha generado más polémica: La Jefa, de la escritora argentina Olga Wornat, nos habla de la vida de la primera dama, de su intimidad, de la relación con su primer esposo y de la importancia que daba a casarse con Vicente Fox.

Nos cuenta de la relación de Marta con Tony, su peluquera y confidente; los problemas con los hijos de Fox y de ella misma, como el hecho de que Ana Cristina consideró la boda de su padre como una traición personal o bien la descripción de la lujosa vida de sus hijos, que provoca sospechas sobre el uso del erario público para llevarla a cabo.

Todos ellos problemas familiares como los que podemos tener cualquiera de nosotras, pero que al ser vividos por la primera dama adquieren un significado diferente, además de acercar a Marta, humanizándola y generando empatía. Pero no todo en el libro son problemas, también se exponen las grandes ilusiones, como el hecho de llegar a los

Pinos o la boda que culminaba uno de los grandes sueños que la convertirían en la primera dama.

Las intenciones últimas del libro no las conocemos. Corren versiones de que es una estrategia de la propia Marta para ganar simpatías e identificación con las mujeres mexicanas, pues en varias partes predomina su imagen como víctima.

Así, el libro puede satisfacer la curiosidad y el morbo que tenemos de asomarnos a mirar la vida de la



primera dama, escarbar su intimidad, imaginarnos su cotidianidad, ver que sufre al igual que nosotras y que no toda su vida es miel sobre hojuelas.

Sin embargo, también nos pone una luz roja sobre la cual es importante detenernos. Ella nos plantea si la familia Fox tiene derecho a tener una

vida privada, donde los espacios de goce, de placer, de problemas y de sufrimiento son simplemente de sus integrantes. A ellos pertenecen y a nadie más.

En medio de todo esto parece haber una cuestión de ética que pone en el centro de la discusión, no sólo a los contenidos de esta literatura de pasquín, sino a un aspecto de mucho mayor importancia: dónde poner el límite entre lo público y lo privado, entre aquello que pertenece a la

intimidad de la persona y aquello que por ser público es importante que salga a la luz pues nos afecta a todos.

En el caso de los libros sobre la vida de Marta Sahagún, sobre todo La Jefa, fueron kilómetros de papel y de tinta los que corrieron en los medios escritos; horas de discusión en los medios electrónicos; y semanas de rumores y chismes por las calles de todo el país.

La vida privada de los personajes públicos es eso, privada. No debería introducirse en la agenda noticiosa de los medios de comunicación a menos de que realmente afecte a la nación. Incluso, en la mayoría de los códigos de ética de los medios más serios se hace explícita la importancia de que los periodistas respeten la vida privada de las personas.

Si no se sigue esta regla, además de actuar en perjuicio de las personas aludidas, los medios se transforman en transmisores amarillistas de notas sin importancia que hacen que la sociedad pierda mucho tiempo hablando y discutiendo asuntos que realmente no son nada importantes para el país.